

dre, de tranquilizarle; y en segundo, la necesidad de comer y descansar.

--Por aquí, Morito. por aquí!

El alzado le habla a su caballo como pudiera hacerlo a una persona. Tiene una voz ronca, resonante. Y el animal entiende: tuerce a la derecha, echa cuesta arriba, por el barranco, y se adentra en el bosque sacudiendo en los flancos su enlodada cola.

El rancho del viejo estaba ahí. Se veía como la copa de un árbol caído. El bruto se detuvo comprendiendo que no debía hacer ruido. Juan Antonio sintió como un crecimiento en el pecho y tuvo necesidad de respirar hondo. Hubiera querido tirarse y llamar, pero se contentó con acariciar la crin del moro. Le pareció después que se había hundido algo: la misma impresión que si el suelo, bajo los pies de su caballo, fuera de arena movediza. Se rehizo pronto, silbó, y luego, cuando en el limpio del frente se acostó un cuadro de luz, llamó con una voz que le salió opaca:

—¡Papá! ¡Papá!

Al abrazar al viejo le hizo daño sentirlo tan huesudo, como si no tuviera carne. Él, en cambio, era todo músculos. Y alto, además.

No se dijeron una palabra. Entraron de brazos y Moro se quedó mordisqueando la grama. De vez en vez le corría por la piel un temblor.

El hijo se sentó en la hamaca, tiró a un rincón el sombrero de fieltro y se despojó del revólver. Todo el cinturón era un alineamiento de balas. Luego se incorporó y colocó el arma en una silla.

El viejo le miraba, le miraba: aquel mechón de cabellos lacios y negros, que le caía sobre la frente como un chorro de alquitrán; y los ojos pequeños, a flor de piel; y los dientes, muy blancos y muy parejos.

—Tú tienes hambre, mi Juan, ¿verdad? ¿Qué te preparo?

—No, papá, nada. Será mañana.

La luz del hacho hacía bailar las sombras.

Comenzó a desvestirse, pero al quitarse la camisa procuró que el padre no viera una cicatriz que le atravesaba el pecho.

—¿Derrotado?—preguntó el viejo.

—Sí, un desastre. Luego te contaré. Déjame descansar.

Y agregó:

—Oye papá, no olvides a Moro.

El viejo salió. El cielo estaba encapotado y el viento trajo un mugido. Sintió un escalofrío y se dijo: algún infeliz que pagó ya.

Juan Antonio despertó a los ladridos. El corazón le dijo lo que sucedía y de un salto corrió hasta la silla. Con el revólver en la mano, sigilosamente, pasó a la otra habitación. Su padre dormía. Trató de ver por una hendidura y en la penumbra adivinó la línea de soldados, que a otro le hubiese parecido una sinuosidad del terreno. Cuando volvió el rostro ya el viejo se había incorporado.

—Cercados, papá—dijo secamente. Y al cabo de un minuto agregó en poca voz:

—Sál y díles que me entrego.

El viejo palideció. Los iris se le hicieron pequeños como puntas de alfileres y miró a su hijo con una mirada que hacía daño de tan dura. Se llegó hasta él, sin hacer ruido, y sordamente desgranó las sílabas del insulto:

—Nunca lo hubiera creído.

Juan Antonio no quiso entender el significado de esas palabras. ¿Acaso el padre lo pensaba cobarde? Y apretó más

Juan E. Bosch

Le envío para las páginas selectísimas y acogedoras del *Repertorio* dos ensayos del primer cuentista dominicano de la hora, Juan E. Bosch. Son cuentos vernaculares dominicanos, pero tallados con una fuerza de expresión que los hace universales.

Muy suyo,

Andrés Avelinos

(Fragmento de esta carta al editor del *Rep. Am.*)

Santo Domingo, octubre 25, 1931.

## Bibliografía titular

(Registro semanal, extractos y referencias de los libros y folletos que se reciben de los Autores y de las Casas editoras)

Este es el libro que nos infundió para siempre la devoción a Sarmiento:

*Historia de Sarmiento*, por Leopoldo Lugones.

Samuel Glusberg, en sus ediciones BABEL, Buenos Aires, acaba de hacer una nueva de este libro, revisada por el autor.

Sigue su curso la publicación del ARCHIVO DEL GENERAL MIRANDA.

Nos llegan los tomos IX y X:

Contiene el tomo IX: Revolución Francesa. Comunicaciones oficiales. 1792 a 1793.

Contiene el tomo X: Revolución Francesa. Comunicaciones Oficiales. Sitio y toma de Amberes. Bombardeo de Maestricht. Revista de Comisaría. 1792 a 1793.

De Carlos Pellicer:

*5 Poemas*. Suplemento de *Barandal*. México, D. F. 1931.

Tomamos de las páginas 174 y 175 del libro *Mahatma Gandhi*. Su propia historia. EDITORIAL JUVENTUD. Barcelona:

El señor Polak fue a despedirme a la estación prestándome, para el viaje, un libro que me dijo estaba seguro me había de agradar. Era *Hasta este último*, de Ruskin.

No pude soltar el libro de las manos una vez que lo hube cogido, de tal modo me cautivó su lectura. El tren llegó a Durban cuando empezaba a oscurecer. No pude dormir aquella noche. En mis reflexiones determiné cambiar mi vida poniéndola a tono con la luz de aquel libro. Era el primer libro que leía de Ruskin. Durante los años de mi educación no leía sino libros de texto, y después la vida activa que hube de llevar me dejó muy poco tiempo para la lectura. No pude por tanto, jactarme de

el revólver, como queriendo deshacerlo a fuerza de dedos.

Lentamente, como si nada sucediera, el viejecito todo huesos comenzó a vestirse. Después, con paso seguro atravesó su cuarto y llegó a la puerta que daba al camino. Resuelto, sin titubeos, la abrió; y antes de que el sargento diera orden de disparar deshizo la distancia que les separaba y asombró a la soldadesca con su voz aplomada:

—Mi hijo está ahí y se rinde si le prometen fusilarnos juntos.

Dijo, cruzó los brazos y se dió a ver cómo el sol comenzaba a poner oro en los cogollos de los pinos.

haber leído mucho. Mas no creo haber perdido demasiado a causa de esta forzosa escasez de lectura. *Hasta este último* fue el libro que introdujo en mi vida una rápida y práctica transformación. Tanto me gustó que lo traduje al gujarati.

Si el libro me cautivó hasta el punto de influir en toda mi vida fue porque en él descubrí algunas de mis más preciadas y arraigadas convicciones. Poeta es todo hombre capaz de despertar la bondad latente en el corazón humano. Los poetas no influyen todos de la misma manera, porque no todos tienen igual espíritu.

Así interpreto yo las enseñanzas de Ruskin:

1.—La felicidad individual depende de la felicidad general.

2.—El trabajo de un abogado vale tanto como el de un barbero, puesto que uno y otro tienen el mismo derecho a ganarse la vida con su labor.

3.—La vida más digna de ser vivida es la del trabajo, es decir, la del labrador y la del artesano.

La primera de estas tres verdades me constaba de antiguo. De la segunda tenía un vago presentimiento. La tercera nunca se me había ocurrido. Ruskin me hizo ver con claridad meridiana que la segunda y la tercera estaban contenidas en la primera. Me levanté con la aurora, dispuesto a poner en práctica estos principios.

De Blanca Luz Brum:

*Penitenciaria - Niño Perdido*. Taxco, Guerrero. México. 1931.

Copiamos:

Dedico este libro a José Carlos Mariátegui, el que dijo haber amado más que nada mi exaltación porque el era un exaltado. Por eso, y además, por toda su vida grande y fuerte; y por haber